

SEDE APOSTÓLICA
DICASTERIO PARA EL CLERO
Documento

La Eucaristía y el Sacerdote: inseparablemente unidos por el amor de Dios

27 de junio de 2003

El sacerdote, responsable de la Eucaristía

La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a contemplar el amor, que surge de la fuente inagotable de Cristo y se difunde a toda la humanidad, por medio del «*don por excelencia*» que es la Eucaristía. La reciente Encíclica de Juan Pablo II atrae nuestra atención acerca del valor de este don, que es totalmente excepcional. El don divino ha sido destinado a nosotros los sacerdotes en una manera particular y, con nuestra acogida, llevamos la responsabilidad de la eficacia de la Eucaristía en el mundo.

Grito de fe

A cada celebración del divino Sacrificio, el sacerdote, después de haber consagrado el pan y el vino, para que se conviertan en el cuerpo y en la sangre de Cristo, exclama: «*Este es el sacramento de nuestra*

«Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu» (Ecclesia de Eucharistia, 17). «"Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu" (Ecclesia de Eucharistia, 29). Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como "sello" en el sacramento de la Confirmación».

Además las palabras «en la espera de su venida» nos ofrecen la oportunidad de descubrir mejor las perspectivas escatológicas de la Eucaristía: «La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15,11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y "prenda de la gloria futura"».

Estas perspectivas, que abren la comunión con la Iglesia celeste —que debe estar siempre en nuestra mente y en nuestro corazón— pueden parecer todavía muy lejanas, pero estimulan «nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente», «poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas» (Ecclesia de Eucharistia, 20).

La llamada al sentido de responsabilidad vale para todos. En nosotros sacerdotes encuentra una especial resonancia. Cada celebración eucarística está destinada a despertar la conciencia de aquellos que participan en ella. Para el sacerdote despierta la responsabilidad hacia un mundo que se debe transformar, transfigurado por la Eucaristía. Pronunciado u oyendo las palabras «este es el sacramento de nuestra fe», el sacerdote entiende mejor que este grito de fe lo empuja hacia un mundo, en el que Cristo opera maravillas y siente urgir dentro de sí el sentido improrrogable misionero de extender su reino por todas partes.

Recibe una nueva luz acerca de la propia misión sacerdotal, que le ha sido confiada y sobre el papel, que debe asumir para que la fuerza de la Eucaristía pueda producir todos los efectos en cada existencia humana. El sacerdote ha sido investido de la responsabilidad de la edificación de una nueva sociedad en Cristo. Más concretamente, tiene la posibilidad de dar un testimonio de fe en la nueva presencia, que nace de cada consagración, que cambia el pan y el vino en el cuerpo y sangre del Señor.

La maravilla de esta presencia abre la puerta en el alma del sacerdote a una nueva conciencia, que

Eucaristía. A este papel está unido otro compromiso del sacerdote, el de acoger la presencia eucarística con la mirada contemplativa de adoración y con un trato de extrema delicadeza.

«*El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia*» (Ecclesia de Eucharistia, 25). La responsabilidad del sacerdote en este culto se recuerda de esta manera: «*Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas*».

El Sumo Pontífice no sólo anima a todo sacerdote a que manifieste este testimonio, sino es él mismo quien nos comunica su propio testimonio: «*es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el "arte de la oración", ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!*»

Se trata de una experiencia que ha sido vivamente recomendada por el constante Magisterio y por el ejemplo de numerosísimos Santos. El testimonio personal del Vicario de Cristo anima a todos los sacerdotes, lectores de la Encíclica, a dar a conocer y a estimar los momentos secretos de la gracia, que llegan por medio de la adoración al Santísimo. De esta manera la Eucaristía llega a ser fuente de contemplación santificante y fructuosa.

Eucaristía y sacerdocio ministerial

El sacrificio eucarístico tiene absoluta necesidad del sacerdocio ministerial. La Encíclica recuerda que para la celebración eucarística no es suficiente el sacerdocio común. Según el Concilio Vaticano II, «*los fieles, en virtud del sacerdocio real de Cristo, concurren a la oblación de la Eucaristía*», pero es el sacerdocio ministerial que «*cumple el sacrificio eucarístico in persona Christi y lo ofrece a Dios en nombre de todo el*

En las comunidades católicas, la falta de sacerdotes puede impedir la celebración eucarística. La Encíclica da a entender *«lo doloroso y fuera de lo normal que resulta la situación de una comunidad cristiana que, aún pudiendo ser, por número y variedad de fieles, una parroquia, carece sin embargo de un sacerdote que la guíe... Cuando la comunidad no tiene sacerdote, ciertamente se ha de paliar de alguna manera, con el fin de que continúen las celebraciones dominicales y, así, los religiosos y los laicos que animan la oración de sus hermanos y hermanas ejercen de modo loable el sacerdocio común de todos los fieles, basado en la gracia del Bautismo. Pero dichas soluciones han de ser consideradas únicamente provisionales, mientras la comunidad está a la espera de un sacerdote»* (Ecclesia de Eucharistia, 32).

A esta situación existe solamente un remedio: *«el hecho de que estas celebraciones sean incompletas desde el punto de vista sacramental ha de impulsar ante todo a toda la comunidad a pedir con mayor fervor que el Señor "envíe obreros a su mies" (Mt 9,38); y debe estimularla también a llevar a cabo una adecuada pastoral vocacional, sin ceder a la tentación de buscar soluciones que comporten una reducción de las cualidades morales y formativas requeridas para los candidatos al sacerdocio»*.

Delante de las comunidades que, por falta de sacerdotes, no pueden asegurar la celebración eucarística, el sacerdote llega a ser más consciente del valor de su labor y de la necesidad de su presencia. Debe tener más conciencia que con la oración y con una clara adhesión a su identidad ontológica — manifestada lógicamente en formas externas— es responsable del nacimiento y del crecimiento y de la fidelidad de las vocaciones sacerdotales. Con su testimonio de alegre adhesión a la propia identidad y a su acción apostólica, puede contribuir a la eficacia de la pastoral vocacional; aunque otros se dediquen directamente a esta pastoral, cada sacerdote debe favorecer personalmente la multiplicación de las vocaciones.

Eucaristía y comunión eclesial

La Encíclica, en un capítulo especial, desarrolla el tema de la comunión eclesial. Es un tema central,

Con la fe de María

No puede asombrarnos que, al final de la Encíclica, el Papa dirija su mirada hacia la Virgen María.

Si la Eucaristía es misterio de fe, este misterio fue propuesto a la fe de la Virgen María y de su parte fue acogido de la manera más perfecta. Dividiendo con nosotros sacerdotes su fe, María Santísima nos ayuda a asumir nuestra responsabilidad en difundir la Eucaristía para la vida de la Iglesia y nos exhorta: «*haced aquello que os dirá*» (Jn 2,5).